

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

H. BARDON: *Le génie latin*, Bruxelles-Berchem, Latomus, Revue d'Etudes Latines, 1963. Collection Latomus. 262 páginas.

Este libro, en traducción del profesor Paratore, apareció en una edición italiana en 1961: Henri Bardon, *Il genio latino*, Edizioni dell'Ateneo, Roma 1961. La presente edición en su texto original, autorizada por el Ateneo, lleva una introducción del mismo Paratore.

"Estudiar el genio latino", nos dice Bardon en el prólogo, "es estudiar dentro de las variedades algunas constantes, y, admitiendo la originalidad de los individuos, discernir las conductas a las que adhiere y por las que suele expresarse con naturalidad. En lugar de sentir los seres como una abstracción sentir una nación como un ser". Este propósito de sentir al mundo romano como un ser viviente ha hecho sí que ninguna manifestación artística ni ninguna actitud humana quedara excluida en la búsqueda del genio latino.

El autor considera a Roma ya en su madurez, sin dejar de lado, cuando es oportuno, los otros períodos; y reúne las constantes en seis manifestaciones principales del espíritu latino: El amor por la tierra, la patria y el patriotismo, tradición e innovaciones, el placer de vivir, el sentido de lo humano, la melancolía latina. A cada manifestación corresponde un capítulo; por lo tanto la obra consta de seis capítulos.

El amor por la tierra

Roma amó la tierra más que todas las naciones antiguas, fruto de este amor fueron las regiones agrícolas ricas en cereales

y frutas. La constitución de los latifundios no puede explicarse por la sola preocupación de capitalistas ávidos de posesión, pues hubieran podido invertir sus capitales en otras cosas. Eligieron la tierra porque la nostalgia de viñedos, de bosques y de pastores estuvo siempre en el alma latina. De ahí la importancia de la literatura agrícola en Roma. Catón, Varrón, Virgilio, Columela, Paladio, con voces muy distintas, han cantado las alegrías del suelo y las virtudes de la vida campestre.

En las conquistas los latinos revelan su apego y cariño al suelo. Por un lado su pensamiento admite la posibilidad de una dominación sobre toda la tierra y por el otro su prudencia les hace consolidar sus conquistas; el amor por esa nueva tierra no les permite el riesgo de perderlas. En ellos hay una coexistencia de sueño y de acción. Se dejan ir a los más audaces sueños pero imponen a ellos una medida, y muestran así un perfecto equilibrio de ardor y de reflexión. Una vez conquistadas las tierras se preocupan por asegurar su vida, el medio más importante fueron los caminos.

La forma de la construcción de las casas y sus decoraciones, los jardines como elemento necesario de las casas reflejan la necesidad que los latinos tienen de estar en contacto con la naturaleza.

El trabajo del labrador, las conquistas del soldado, el placer del que contempla los hermosos jardines son expresiones de un mismo amor por la tierra. En los latinos la misma voluntad de poder fue una forma de amor.

La Patria y el patriotismo

El afecto de los latinos hacia el suelo, su apego a las cosas, vigorizaron el sentimiento de patriotismo. Nadie se atrevería a pretender que la realidad fue idéntica a lo que nosotros sabemos de ella. Pero para ir más allá de sí mismo, uno debe muchas veces mentirse. Para los pueblos, como para los individuos nada hay más agradable que ser digno de una "hermosa imagen".

Para sus conquistas Roma exigió muchas ofrendas, por lo que fue necesario fijar los sucesos más grandiosos y tratar de imitarlos. La historia entonces se confundió con la moral. El heroísmo es un modo de ser, en él el individuo pierde su importancia en pro de lo anónimo. César y Tito Livio así lo comprendieron e insistieron sobre los acontecimientos y las abnegaciones de soldados desconocidos. Virgilio en forma poética proyecta el mismo sentir: Todos los compañeros de Eneas participan del destino de la ciudad que está por nacer. No tienen conciencia del porvenir pero saben que sus sufrimientos anónimos tendrán una recompensa. Además en la Eneida el heroísmo se concibe como un fin, la belleza del acto está en su gratuidad. De allí surge para los latinos la grandeza de los vencidos.

El héroe latino no posee la fuerza de acción, la alegría juvenil propios del héroe griego. El héroe latino reflexiona y es portador de un destino que lo aplasta. Su heroísmo es voluntad.

La literatura épica en Roma tuvo aceptación duradera no por su género literario, sino por los valores que cantó. Desde la formación de la ciudad se manifestó la voluntad de construir y de organizar. El romano sintió la ley como un imperativo de la patria. Su espíritu jurídico se manifestó desde un principio. La organización jurídica dio su cohesión al Estado Romano, aseguró la confianza de todos en la patria, y permitió a todos gozar de los beneficios de la "paz romana".

Los romanos tuvieron siempre la certeza de tener que responder a decretos del destino. Desde el siglo II a C. el griego Polibio afirmó que la providencia deseaba el triunfo y aportó la sanción filosófica de tal afirmación. Virgilio expresa el sentir de todos en este verso: "acuérdate, romano, de que debes mandar a los pueblos".

El heroísmo dio a los latinos sus victorias; pero no se conformaron con sus conquistas y posesiones, desprovistos de todo nacionalismo, ofrecieron al mundo lo mejor que tenían.

Tradición e innovaciones

Influencias etruscas, griegas, y de las monarquías helenísticas obraron sobre la inteligencia latina. Esta transformó toda herencia religiosa, filosófica y política. Mientras elaboraba los dones que le habían sido transmitidos, ella se asía a algunas ideas que se revelan más propiamente latinas. Recreó y mantuvo los valores de la tradición. Pero esta tradición es una noción cambiante y diversa. La originalidad de Roma reside en la unión de los elementos autóctonos y elementos importados. El espíritu romano fue siempre acogedor y conservador. Sirva de ejemplo esto: si la religión tradicional no hubiera tenido aún vida, Augusto no se la hubiera podido devolver.

El latino acogió toda manifestación espiritual; también la filosofía. La filosofía política de Roma fue particularmente original. Había tomado de los etruscos el principio de regalidad, el del senado y de la asamblea; pero la constitución republicana del siglo III, es una obra latina. Luego la idea republicana fue sustituida por una concepción monárquica. Escipión Emiliano, cuya acción y pensamiento se unen en maravilloso equilibrio, vivificó con el ejemplo las teorías de Panecio. Entre Escipión y Panecio hubo acciones recíprocas: la idea latina de monarquía surgió del contacto de la realidad romana con la abstracción helénica.

La nostalgia de los latinos por el pasado subrayó siempre la reflexión política. Cicerón hace el elogio de los antiguos porque cree que la herencia de los antepasados implica para los vivos una responsabilidad que ellos a su vez deben transmitir.

También la historia de la lengua latina atestigua una igual necesidad de compensar las innovaciones por la fidelidad. La tendencia arcaizante es uno de los rasgos distintivos en la evolución del latín, y es una constante que encontramos en escritores muy divergentes; no podemos por lo tanto explicarlo solamente por razones políticas, sino que emana de lo más profundo del alma latina.

Sería tiempo de cambiar los términos de la afirmación tradicional "la Grecia vencida ha conquistado a su feroz vencedor". Roma no sólo dominó el mundo sino que hizo suyas las formas más importantes del pensamiento antiguo y en sus experiencias, las renovó en síntesis originales.

El placer de vivir

La asimilación creadora es el aspecto intelectual de una vitalidad que se manifiesta también por el placer que sienten los latinos al contemplar el mundo y recrearlo en sus manifestaciones artísticas. El placer que experimentan los latinos de vivir explica y justifica el número inverosímil de los días feriados. Estos les permiten sobre todo gozar de la vida, y apreciar también las bellezas del mundo que los rodea.

Los escritores latinos o quedan cerca de lo real o adoptan una visión metafórica y creadora; otros, como Lucano, intentan una síntesis de lo artificial y la realidad. Cada escritor latino sintió de manera distinta la naturaleza, pero lo esencial reside en el interés que todos tienen por la planta, la noche, la aurora, el río o el mar.

Los viajes fueron para los latinos una forma de contemplación. El coraje de los exploradores y la paciencia del literato son expresiones de un mismo sentir. Muchos se interesaron por la geografía. En la literatura Catulo, Horacio, Tácito, reflexionaron con los rasgos de exotismo, el mismo estado espiritual.

Este mismo sentimiento se objetivó en el arte estatuario y en las columnas. Los arcos de triunfo, originales de la arquitectura latina, y las innovaciones aportadas en la construcción de las cúpulas, en el juego de luz y sombra, son el canto de alegría de la ciudad de Roma. Son además la resultante de un hermoso equilibrio entre la fantasía y la medida.

Alegría de vivir es la atenta observación de los gestos y las actitudes físicas de los seres. El espíritu latino fija las escenas cuya plasticidad le llama la atención. Siente de manera especial

los colores, los contrastes de tintas. El gusto por los animales es latino.

La vida política, la retórica, son también expresiones de la misma alegría de vivir.

El sentido de lo humano

Literatos y filósofos romanos subrayaron el valor personal del hombre y su libertad. Cicerón define la nobleza por el talento que uno tiene. También en su concepción de justicia social y de relaciones de clases da importancia a los valores espirituales y no a los económicos. Lucrecio y Séneca trataron de librar al hombre de la ley de la fatalidad. Lucrecio para lograrlo se aferra con verdadera pasión al concepto de "clinamen". En este "clinamen" encuentra el punto vital del sistema por el que la libertad puede entrar en el atomismo y salvar al individuo de la fatalidad. Defendió a sus semejantes contra la creencia en los dioses y no los aplastó bajo el peso de la materia. En el sistema estoico no se veía muy bien como podía el hombre ser responsable de sus actos, si el destino regía al mundo. Séneca lo resolvió diciendo que el destino es obra de Dios y que nuestra libertad es una obediencia a Dios. El único obstáculo a la libertad interior está en nuestro interior. Vencidas las pasiones a la luz de la doctrina estamos de acuerdo con Dios y con el mundo. La libertad del sabio reside en él. No obstante las oposiciones entre el epicureísmo y el estoicismo, las dos doctrinas tienen en común el deseo de devolver al hombre la conciencia total de su dignidad.

La preocupación del latino por el hombre hizo que su literatura fuera, muchas veces, una literatura de psicólogos: Catulo, Tibulo, Propercio. A Catulo no se le escapó ningún sentimiento humano. La tristeza que se desprende de toda su obra y que tiene origen en la pena de amor, lo ha hecho precursor de los otros elegíacos. Tibulo y Propercio cantaron sus amores desdichados. Para ellos la pasión fue un sufrimiento pero un sufrimiento querido. Con Tácito el análisis se vuelve hacia los demás.

Al analizar al hombre lo despoja de todas sus apariencias y mentiras; y aferra las leyes del corazón humano. Es el psicólogo de lo esencial. La literatura latina nos lleva siempre hacia el hombre y gracias a ella el alma individual se ha abierto al análisis. Los modernos viven aún de esta revelación.

La curiosidad psicológica se refleja en las artes plásticas, en *la interpretación de los caracteres en la escultura*.

En Roma los escultores, los poetas, los tribunos y los filósofos trabajaron todos en una obra común: afirmar la importancia del individuo.

La melancolía latina

Tristeza causada por la conciencia que el latino tenía de la poquedad del destino humano. No es una tristeza de brumas sino que está siempre acompañada por la luz. Luz y tristeza reaparecen a lo largo de toda la literatura latina. La misma flor, que en un principio era símbolo de vitalidad, adquiere un valor fúnebre. Los latinos sintieron una compasión especial por los destinos inacabados. Véase en la literatura, Marcellus, Eurialo y Niso. Muchas páginas literarias son patéticas protestas por esos destinos. El genio latino tiene como símbolo a Escipión Emiliano que llora sobre las ruinas de Cartago. La idea de la muerte hace reflexionar a filósofos y poetas. Esta idea de muerte ha sido proyectada también sobre la ciudad de Roma. Junto a la fe de una vida perenne se hace sentir el temor por la decadencia de Roma.

Los latinos tuvieron una obsesión por la vejez. Sintieron de manera especial la deformidad de los cuerpos. Ella ejerce una atracción y al mismo tiempo un rechazo sobre los escritores y los escultores.

De los sentimientos de la muerte y de la vejez, adquirió sentido el "carpe diem" de Horacio. Este "carpe diem" no es una vulgar invitación al goce sino al suspiro del miedo, una expresión dolorosa de la inquietud.

Los elegíacos insistieron sobre la decrepitud de los seres y de las cosas. Las inscripciones funerarias manifiestan el mismo espíritu.

Lucrecio quiso con su doctrina dar tranquilidad a los hombres, *sin embargo se interesó principalmente por los espectáculos más tristes: sean éstos psíquicos o físicos. Su inteligencia llegó a la conquista de la alegría pero no así su corazón. Su lección de serenidad está por lo tanto impregnada de tristeza. Para Séneca la humanidad es mala por su propia culpa pues la divinidad la había creado buena. El mismo pesimismo aparece también en los historiadores: Salustio, Tácito.*

Cuando la tristeza latina no se expresa mediante el más crudo pesimismo se vuelve melancolía más dulce y menos intelectual: Catulo, Horacio, Marcial.

La melancolía de Virgilio se vuelve muchas veces gemido y protesta. El heroísmo está conciliado con el sentido de piedad. Todos los que desempeñan su tarea son dignos de piedad. Su epopeya de la grandeza de Roma es también la epopeya del hombre y su destino.

La propensión de los latinos a la tristeza los hizo más sensibles para lo irracional y lo imponderable. Esto se manifiesta en la pintura mural simbólica y en la literatura.

Conclusión

El genio latino "es una mirada deslumbrada llevada sobre el mundo, una alegría de vivir, un poder de amar. Es también una confianza en el hombre: el hombre que transmite a sus descendientes el resultado de sus trabajos y de sus reflexiones, cuya memoria asegura el culto familiar; el hombre que organiza la casa y administra al mundo: energía y lucidez; el hombre que también sufre, que se agarra a lo efímero y gime la brevedad de su vida, que se resiste contra su propia indignidad, y desespera conocerse alguna vez: dudas e incertidumbres. Por lo tanto el genio latino es a la vez una voluntad y una ternura".

Esta obra adquiere una importancia peculiar entre los libros que se interesan por la cultura latina. El autor se ha alejado de los esquemas tradicionales que presentaban a los romanos como un pueblo que supo aprovechar las circunstancias favorables y difundir la cultura griega y les concedían originalidad sólo en las ciencias jurídicas y políticas. Bardón inquiriere en el alma latina, nos revela sus luchas a lo largo de sus conquistas y le reivindica finalmente el camino recorrido hasta llegar a la introspección y la originalidad en las demás ciencias, de las que los romanos no fueron meros repetidores sino recreadores.

El análisis incluye no sólo todas las manifestaciones artísticas sino también la vida diaria. Arte y vida forman una sola unidad.

Mercede ser destacada la agilidad del libro donde no aparece cita bibliográfica alguna.

Es una obra que puede ser leída con agrado por todos y que deben leer los estudiosos del mundo latino y los que aman conocer al hombre en las conquistas de sus valores culturales.

Tal vez podríamos reprochar al autor el haber sido un poco generoso en la reivindicación de la originalidad y creatividad de los latinos en detrimento de los griegos. Mas debido a su amor para el mundo romano y al gran número de estudiosos que han exaltado el mundo griego en desmedro del latino, sólo podemos agradecer al autor por haber escrito *Le génie latin*.

MARÍA M. CAROSI.

Plato's Meno, Edited with an Introduction, Commentary and an Appendix
by R. S. BLUCK. Cambridge, University Press, 1961, 474 págs.

No es muy profusa la bibliografía existente en lo que concierne al *Menón*. Fuera de algunas ediciones bilingües, útiles pero de valor secundario para el investigador, el texto griego se encontraba sólo en volúmenes publicados en el siglo pasado y a comienzos de éste, con la sola excepción de la reelaboración